

sica moderna han recogido, para combatirla, las composiciones de los autores cuya imaginación ha sido de las que denominamos violentas.

Para contrarrestar lo que los susodichos señores dicen, pláceme recordar los compositores que más fama han adquirido con sus obras. Citemos, por ejemplo, a Handy («San Luis Blues»), Ellington («Solitud»), Oliver («That's my home»), etc., etc.

Con esto, creo que si bien no queda muy detallado, ya que a los no iniciados les son desconocidos en cierto modo los citados compositores, no dejo, por tanto, un vacío para que se pueda decir que me baso en algo imaginario.

W. J. Turner, en su libro titulado «La Música» (Editorial Apolo - Manuales de Iniciación) habla, indirectamente, de la música moderna en el Capítulo II, página 14, titulado «Cuándo y cómo se inventó la Música». Pasamos una hoja y hallamos en la página 16 lo que tan enconadamente se discute: «Los primeros instrumentos musicales». Nos habla muy sencillamente del origen, etc., pero él (y por eso es una autoridad en la materia) con pocas palabras nos da a entender que si no hubiese habido esta serie de ruidos que producen en cierto modo esta monotonía que es el tema de las discusiones, los cuales también los considera muy poco musicales, quizá no se habría dado cuenta el hombre que *por medio de ruidos armonizados se llega a crear algo maravilloso que es lo que hoy en día llamamos música* (sea clásica o moderna).

De ello puede desprenderse claramente que, a pesar de todos los pesares, el jazz es música.

Si aceptamos pues, que la música mo-

derna es arte, podremos aplicar muy bien aquellas frases del gran pensador alemán, Hegel, el cual nos dice que «el arte es un recreo del espíritu. Su objeto no es el de revelarnos la Verdad, sino la Belleza. No persigue finalidad alguna utilitaria o práctica y aún puede asegurarse que es el arte, por naturaleza, opuesto a toda idea de utilidad».

Por tal motivo admiramos la música que más finamente nos revela el pensamiento, o mejor, la inspiración que haya tenido el autor al hacer la composición.

Si los señores que anteriormente cito como «refractarios» tienen a bien meditar detenidamente estos pensamientos, estoy seguro de que ya no pensarán como lo hacían antes de leer estas líneas. Simplemente quiero decir que con esto queda claro a lo que voy.

La música moderna que más se oye (si no se tiene la molestia de preocuparse, para poder escuchar discos o alguna que otra emisora norteamericana o inglesa, que es donde de hecho se puede oír la buena música de jazz) son unos cuantos centenares de composiciones de los autores españoles, que, en lugar de componer para lograr algo maravilloso, componen para lograr un fin comercial. En su consecuencia, las editoriales musicales sólo pueden lanzar al mercado algunas obras como son, por ejemplo, «La casita de papel», algún «Corrido mejicano», etc. Al escribir así, no quiero decir que generalizo todos los autores a un mismo terreno. Desde luego, de los llamados *buenos* pocos puedo citar, pero sí puedo encabezar la lista con nuestro querido Sr. José M.<sup>a</sup> Ruera, que con sus composiciones «La danza de los espíritus», «Leyenda china», etc., etc., ha deja-